

MENDIBURU, IN MEMORIAM

En el monte Jaizkibel, a breves tiros de piedra simbólicos de la Rentería que diaria y eternamente se mira en sus cumbres, se levanta el símbolo oferente de Euskalerra a la magnitud de los mares universales, en esa escultura que mi amigo recientemente fallecido, Remigio Mendiburu, fabricó con mente, corazón y manos. En recuerdo de la amistad que nos unió y de la fiebre de ansias que le llevaron a la creación, va esta semblanza de su personalidad polimorfa, humana y artística.

Santiago AIZARNA

Supremum vale (Ovidio)



El fallecimiento del escultor Remigio Mendiburu el pasado día 16 de abril —unos días solamente que pertenecen ya a la eternidad insobornable—, viejo amigo de tantas charlas, de tantos paseos mano a mano, de viajes inolvidables en busca del arte de los pueblos por la Europa extendida a nuestros pies de fronteras, recuerdos del Irún de los artistas posados en sus alcándaras de tráfugas hacia la libertad soñada de una esquina del París artístico al que se accedía como primer paso de la ilusión, encuentros mañaneros en la playa de Fuenterrabía cuando ambos éramos jóvenes y capaces de sentir el tacto vivo de las horas refrescadas en una acidia paradójicamente creativa, me hace evocarle desde el quieto remanso de esta memoria que va también, sin posible freno, hacia los pastos de la inmortalidad.

De aquel grupo GAUR (Hoy), de artistas guipuzcoanos, que en abril de 1966 exponían, por primera vez como tal grupo en la galería que un mecenas de la época, Dionisio Barandiarán, les ofrecía en la calle Bengoechea donostiarra, el escultor Remigio Mendiburu era, sin duda, la voz, el influjo, el soplo, la presencia oscura y vibrátil de la Naturaleza. Fue éste, un año de singulares movimientos en el seno del Arte Vasco. Al mismo tiempo que GAUR en Guipúzcoa se producía la eclosión de otros, EMEN (Aquí) en Vizcaya, ORAIN (Ahora) en Alava y DANOK (Todos) en Navarra, que estaban de alguna manera interconexiados, aunque fue entre el guipuzcoano GAUR y el alavés ORAIN entre los que mejor funcionaron los vasos comunicantes. Era el tiempo de las agrupaciones como forma de lucha para impulsar el ARTE VASCO (así, en mayúsculas), la hora de los manifiestos, de las provocaciones, de los gestos insólitos para llamar la atención. Era la hora de la petición ante los organismos oficiales, de los que siempre se quejaban de que les dejaban en desamparo. Pedían Institutos de Información, de Investigación, de Preparación, de Transmisión, de Sensibilización Artística. Era, en cierto modo, la materialización, la concreción de ese impulso, de esa voluntad, de esa quimera, de ese ardor, de ese fuego artístico que nunca le faltó a Jorge Oteiza. Y mirando hacia esa relativa lejanía de unos años que nos proyectan su nostalgia a través de los huecos que se nos van clareando, podemos ver en el fondo de las fotografías, casi siempre como la esquiva silueta de un fantasma vigilante, a Remigio Mendiburu, con la corporeidad magnífica de un “basajaun” mítico, con un leve arco analítico de acento circunflejo en sus cejas, con su voz pausada, sus maneras lentas y nobles, el gesto adusto y poco dado a irreflexivas alegrías, tanto en pose de espectador como de hombre de acción, militante a pesar de todo y en protagonismo de sacerdote de esa sacral religión artística que a todo el grupo conformaba. Remigio Mendiburu era una especie de chamán, vértice floral de una serie de elementos que iban a encontrarse como punto de reunión insoslayable en su persona, bisectriz sin embargo de tendencias en vuelo, oponente irreductible de posturas clásicas y características y que enfrentaba la plenitud y el rebosamiento a las formas huecas y de vacío, ministro de

formas simbólicas que trataban de aunar la realidad con el misterio, la naturaleza con su símbolo, la tradición con sus ansias proyectivas hacia el futuro. Recoger de la tierra el magma convulso de sus sustancias naturales y colocarlo en el ara de una mistagógica dimensión que se clareaba sin embargo desde los barruntos y las instituciones del espectador de su obra fue la gran labor en que entregó sus dones de artista, lo que sin duda le valió ese reconocimiento de señorío artístico que le rindió su pueblo.

Del quehacer constante de Mendiburu en los terrenos de la escultura, recordamos una serie de etapas y transformaciones, en donde la evolución artística se adapta y adopta elementos distintos. Pudo ser, en sus primeros momentos, algo como las sugerencias emanantes de un útero del que brota una lava efervescente y visceral; podemos recordar, igualmente, las jaulas metafísicas en donde cantaban los pájaros líricos de una raza silvestre y primitiva; venía luego una experiencia continuada con distintos materiales —el plástico y el metal, sobre todo, como posibles vehículos de una comunicación artístico-temporal—, pero todos sabíamos, y él el primero, que lo suyo era la madera, el árbol, el bosque, el tallo que sorbe los jugos telúricos, las frondas y ramas que quieren abrazar el cielo, las maderas que se enlazan y estrechan en ese dilatado amor crujiendo, rudo y brutal. Llevó a la creación artística el poso y sedimento de las tradiciones populares y la vaga mitología de un pueblo primitivo que a lo largo de siglos no ha podido ni intuir su origen, encontró en él a una especie de intérprete mágico y, acaso, simplemente está en el eco popular producido por su muerte, la razón y la clave de sus aciertos.

Poseía la voz rumorosa de los elegidos que, sin hablar, saben comunicarse. Hay personas dotadas de ese unto mágico que nunca se sabrá en qué consiste de conectar con el pueblo, rigurosos profetas de un sentimiento plural o totalizador, y era inútil discutir ni su trayectoria ni sus obras, porque lo que se hacía evidente era ese su poder de conexión con los suyos. ¿Acaso su entraña estaba en la comunicación con el aitzkolari del que habla Oteiza en un estudio dedicado al escultor Aizkorbe? («El aitzkolari, centauro de hacha y solo, centauro de pueblo y solo, lucha contra la naturaleza con un arte como técnica de la naturaleza y el escultor lo hace con una técnica, centauro de estatua y solo, como ciencia del espíritu»). Aitzkolari de recios hachazos fue Mendiburu, y sus golpes quedaban tatuados en la madera, muescas de enemigos amigos vencidos y victoriosos, sumisión del hombre en las dimensiones del pueblo, ingurgitado el hombre en las arenas de la comunidad. Todo su saber primitivo y agreste, el amoroso conocimiento de la madera y de todas las maderas constituía la razón y el sentido último de su obra, y ahora que le recuerdo, bañado en las maestrías seculares y hablándonos de los árboles, de las texturas de los troncos, de sus planos, de sus tangencias y ángulos, de sus dimensiones proyectadas en el tiempo y en el espacio no puedo por menos de pensar en cómo supo hincar la raíz de su ser y sentirse hombre en los vivos y preniles terrenos de los suyos...

